

En este número

El 13 de diciembre de 1983 el ejército y la policía tomaron el palacio municipal de Juchitán y pusieron la ciudad bajo un virtual estado de sitio. Los objetivos: amedrentar y disgregar al pueblo organizado en torno a su dirección política, la COCEI, y, mediante el cambio en la correlación de fuerzas que implicó la intervención armada, garantizar la asunción del poder municipal por un candidato priísta que previamente había "ganado" unas elecciones fraudulentas. El significado de la represión contra los zapotecas rebasa con mucho el ámbito regional. Demuestra que en los lugares estratégicos del territorio nacional (como es el caso de la región del Istmo), en donde se logre forjar una nueva correlación de fuerzas favorable a los intereses populares, el estrecho espacio para la lucha electoral y democrática abierto por la reforma política, seguramente lo intentará cerrar el mismo gobierno por medio de la fuerza armada. En este sentido, conviene resaltar la prudente respuesta política de la dirección cocceísta, que contribuyó a impedir su ilegalización y cerró el paso a la posibilidad, abierta por la irresponsabilidad gubernamental, de una represión sangrienta generalizada. Pero destaca también, frente a la gravedad de los hechos, el escaso y pálido apoyo del PSUM a sus aliados de la COCEI, así como la débil solidaridad que le brindaron las organizaciones que se ubican a la izquierda de aquel partido. Ello a pesar de que en México, como lo demuestra nuestra historia de luchas de clases, las articulaciones regionales de fuerzas son un asunto de carácter estratégico para cualquier proyecto serio de transformación social. Con la derrota táctica y transitoria de la COCEI, el Estado no asestó un golpe solamente a un proyecto político regional, sino al conjunto de la izquierda marxista.

Pero la COCEI y su proyecto político sobrevivirán. Fundan su legitimidad en el terreno más sólido: en la interpretación de los intereses populares y en la lucha de masas como medio para conquistarlos. Y hay una causa más profunda, cuya comprensión se desprende de los dos trabajos sobre Juchitán que publicamos en este número: la fuerte identidad, el perfil propio y contrapuesto a la ideología dominante, que a militantes y dirigentes de la

COCEI les ha proporcionado el proceso de recreación de una nueva cultura histórica y política que se sustenta en la rica tradición de lucha de los zapotecas. Puede observarse allí, producto de la lucha y de la reinterpretación del sentido histórico de un largo pasado de resistencia y rebeliones populares, el surgimiento de una nueva hegemonía. Como puede leerse en los textos de Víctor de la Cruz y de Adriana López Monjardin, se trata de un proceso en el que se han combinado, sistemática y persistentemente, la movilización política con una labor intelectual y cultural ligada a ella.

Hay, sin embargo, una limitación que me parece evidente: todavía es escasa la reflexión de los juchitecos sobre las alianzas que se han visto obligados a realizar a lo largo de su historia, y sobre los resultados de tales alianzas. Así por ejemplo, la noción de "vallistocracia", útil sin duda para la denuncia política, puede empañar la comprensión de la fundamental comunidad de intereses de los zapotecas y del resto de la población explotada y oprimida del estado de Oaxaca. Además, es cierto que el problema regional es de importancia estratégica, pero sólo encontrará un cauce resolutivo en el marco de un proyecto *nacional* de lucha por los intereses históricos de las masas explotadas.

—Rubén Jiménez Ricárdez

Los periodos de crisis no son esencialmente periodos de estancamiento sino de profundas transformaciones en el conjunto de la producción, que conciernen a la tecnología, a la organización del trabajo, a la división del trabajo y a la localización geográfica de la industria, en el marco de la competencia intercapitalista y de la correlación de fuerza entre el trabajo y el capital. En la crisis actual, como nunca antes, la movilidad del capital se ha convertido en un eje estratégico para incrementar las ganancias y quebrantar la resistencia de la clase obrera obligándola a abandonar ciertas reivindicaciones e, incluso, dar marcha atrás en conquistas ya logradas.

La reubicación de la producción se está dando tanto dentro de cada país como a nivel internacional. En los Estados Unidos, por ejemplo, se están desindustrializando centros fabriles tradicionales mientras que se industrializan los estados con una legislación laboral poco desarrollada. Visto a nivel mundial el mismo fenómeno se manifiesta en lo que se ha venido a llamar la nueva división internacional del trabajo, que primero se dio en la

maquila en electrónica y vestido, pasando por industria pesada como la fundición, para llegar a industrias tecnológicamente sofisticadas como las plantas ultramodernas de autopartes. Todos tienen en común el hecho de ser plataformas de exportación, o sea, una especie de enclaves de capital transnacional produciendo para el mercado mundial.

La actualidad y extrema importancia de estos procesos para América Latina, y en particular para México, se intuyen cuando se vislumbra que el norte del país se está convirtiendo en una gran zona maquiladora y la industria automotriz instala plantas altamente automatizadas para producir 1.5 millones de motores al año, reorganizando además directamente la producción de sus proveedores. Aun cuando no se explicita, resulta claro que una de las premisas de este tipo de inversión y reestructuración productiva es la garantía de mantener controlada a la combatividad obrera. La batalla perdida del sindicato democrático por la titularidad del contrato colectivo de la planta automotriz de Ramos Arizpe a favor de la CTM, así visto, no fue un incidente más del "charrismo" sindical sino el despliegue de una política laboral para las plataformas de exportación.

En el artículo "La división espacial del trabajo", dos geógrafos marxistas, Storper y Walker, en polémica con los economistas neoclásicos, se proponen analizar el problema de la localización industrial, partiendo del hecho de que el peso de los factores extralaborales que la determinan está disminuyendo como el resultado de una serie de innovaciones en los procesos productivos, en la organización de las corporaciones transnacionales y en el transporte. Queda, entonces, como elemento crucial las características y requerimientos de la fuerza de trabajo. Su tesis central es que las estrategias de localización y relocalización industrial son un medio usado por el capital para lograr una relación con el trabajo, que le permite ser competitivo y contener la lucha de clases en los centros de trabajo.

Las estrategias del capital, sin embargo, no dependen de un solo elemento, como puede ser el más obvio —el salario—, sino están determinadas por las características de los procesos productivos concretos, ya que es en función de ellos que los obreros logran imponer al capital, en mayor o menor grado, sus condiciones. Están en juego cuestiones como el grado de organización sindical, el nivel salarial, el tipo de capacitación requerida, la estabilidad de la producción, el nivel de ausentismo y abandono del empleo, etcétera, que se constituyen en elementos de negociación entre el capital y el trabajo. Así, una de las categorías básicas para entender los procesos de localización y relocalización es el proceso

de trabajo, ya que permite analizar las formas concretas bajo las cuales se da el enfrentamiento entre los obreros y la patronal expresado como una estrategia de resistencia de aquellos y una estrategia de control de ésta.

Durante la crisis, empero, los acuerdos negociados, que durante el periodo de auge fueron relativamente estables, tienden a ser cuestionados por el capital, que los presenta como obstáculos a la salida de la crisis. El ejemplo tal vez más contundente de esto son las concesiones exigidas a los sindicatos tanto bajo la forma de la disminución del salario real como del ataque a los contratos colectivos en lo referido a las normas de trabajo. Es en *este* contexto que la relocalización industrial se convierte en un argumento poderoso ya que permite doblegar a los sindicatos en los sitios tradicionales e imponer nuevas reglas del juego en las zonas de implantación.

—Asa Cristina Laurell